

## Hay futuro porque hay fe

En nombre de toda la comunidad ucatense quiero darles la más cordial bienvenida a todos los estudiantes del ciclo profesional, postgrados y Educación Continua a este nuevo año académico. También a los profesores, empleados y obreros que ponen lo mejor de sí mismos para el funcionamiento cotidiano de la UCAT.

Muy especialmente damos la bienvenida a quienes este año comienzan su carrera universitaria y han escogido esta Universidad para formarse como personas y profesionales. Compartimos el sueño de cada uno de ustedes y agradecemos su confianza.

Damos también la bienvenida a los profesores, empleados y obreros que se integran a la comunidad de esta universidad. A todos nos une la esperanza de una región fronteriza, una Venezuela, una América Latina en la que se viva humanamente y para lograrlo queremos dar el mayor aporte que podamos.

La celebración quincuagésimo aniversario del inicio de la educación universitaria en el Estado, con la apertura de la Extensión Táchira de la Universidad Católica Andrés Bello, está siendo un momento oportuno para reflexionar sobre la razón de ser, el sentido, lo que ha movido y mueve nuestra vida universitaria. Cuando entramos a fondo en esa reflexión descubrimos la fe como dimensión necesaria para mirar al futuro llenos de esperanza.

Para hacer memoria de los cincuenta años de la inauguración del Concilio Vaticano II, el Papa Benedicto XVI ha proclamado el año de la fe<sup>1</sup>. De esta manera nos invita a profundizar la vivencia del Concilio Vaticano II que invitó al Pueblo de Dios, a los seguidores de Jesús, a afrontar el desafío de ser “buena noticia” para el mundo que iniciaba una de las mayores transformaciones de toda su historia. Desafío que solo puede ser encarado desde esa dimensión humana que llamamos fe.

La fe supone el profundo convencimiento de que la creación no ha terminado, por tanto, somos los seres humanos los responsables de continuar la creación en esta historia nuestra. La *buena noticia* para la humanidad es que podemos contribuir a mejorar las condiciones de vida de todos los seres humanos si crecemos en unas relaciones fraternas y solidarias, mediante las cuales alcancemos la justicia social. Unas relaciones humanas en las que el aporte de cada uno contribuya a la vida buena para todos sin distinción de edad, capacidad, condición social, ideología, fe religiosa o color de la piel.

---

<sup>1</sup> Lo inauguro el 11 de octubre de 2012 se extiende hasta el 24 de noviembre de 2013.

Mas aún, la nueva época que se abre paso en la historia nace de la conciencia de una nueva dimensión de la justicia social y la felicidad humana: lograr una relación armoniosa con la naturaleza, con la que compartimos y de la que depende la vida en el planeta tierra, es una condición indispensable para ir alcanzando la calidad de vida que soñamos.

El papa Benedicto XVI imagina la fe como una puerta que invita a entrar a un camino que una vez iniciado su recorrido dura toda la vida. Transitar la ruta de la fe es seguir los pasos de Jesús de Nazaret, el ser humano pleno, asumiendo el compromiso de participar en la creación de mejores condiciones de vida para todos.

La Universidad Católica del Táchira, como el Rey Salomón<sup>2</sup>, consciente de su pequeñez y sus limitaciones ante el enorme desafío que representa su misión, su razón de ser como institución universitaria, pide el don del discernimiento para acertar en sus opciones. A Salomón, sucesor del Rey David, el Señor lo complace regalándole un corazón sabio y prudente. La sabiduría que Dios le regala a Salomón es la misma a la que se refiere el escudo de la UCAT, esa que es mas valiosa que el oro, la que habita en el corazón, no solo en la mente, la que se duele de la injusticia y se mueve por amor para transformar la realidad desde lo más profundo, desde la cultura que da sentido a cómo vivimos, a lo que hacemos, a lo que soñamos como comunidad universitaria, como ciudadanos de una patria que nos necesita, como co-creadores de una nueva realidad más humana.

El cincuentenario de la Universidad Católica entra en sintonía también con la memoria de los noventa años de la Diócesis de San Cristóbal por cuya iniciativa nació. La misión de la UCAT se inscribe en la misión evangelizadora de la Diócesis de San Cristóbal con su especificidad: evangelizar la cultura. A través de la educación universitaria la UCAT no solo contribuye a formar los profesionales competentes que necesita la región y el país sino que ofrece la oportunidad de crecer integralmente como persona, profundizar el compromiso ciudadano y alimentar la fe a quienes viven su etapa universitaria en todas sus dimensiones.

La UCAT a través de su esfuerzo de creación de pensamiento y responsabilidad con la sociedad en la que vive también se esfuerza en contribuir a la transformación cultural que nos abra a las oportunidades de la época histórica que nos ha tocado vivir. Si logra hacerlo desde un corazón que ha recibido el don de la sabiduría, cumplirá con su misión de llevar a la cultura en transformación la *buena noticia* del evangelio de Jesucristo, la *buena noticia* de la posibilidad de vivir como hermanos en mundo donde brille la justicia y se avance hacia la paz. Nos dice Benedicto XVI:

---

<sup>2</sup> 1Reyes, 3,5-14

*...la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un crescendo continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios<sup>3</sup>.*

La ruta de la fe nos lleva, necesariamente, a algo de lo que se ha hablado mucho en las últimas semanas en Venezuela: la reconciliación. El proceso de reconciliación exige, al mismo tiempo, la conversión personal.

Los cimientos del futuro al que miramos con esperanza están en la fraternidad que nos hace pueblo y la solidaridad que nos hace humanidad. La fraternidad se constituye desde la reconciliación. La reconciliación parte de la decisión de cada individuo de convertirse en persona, es decir, de vivir fraternamente. Valga esta reflexión del teólogo Pedro Trigo sobre las implicaciones de la fraternidad:

*Vive como hermano en Cristo quien se abre a todo el que se topa en su camino, asumiéndolo como su propia carne, no tratándolo como si fuera de su propia carne sino desde la convicción de que lo es. No de su propia carne por ser de su país o paisano suyo o correligionario o compañero de camino ni meramente por ser de la misma especie sino por ser humano y por la decisión de asumir en el corazón a todos los seres humanos.<sup>4</sup>*

La reconciliación, recurriendo nuevamente a las imágenes bíblicas, es la condición para atravesar juntos y a pie el Mar Rojo. Para soportar la larga travesía por el desierto hacia la tierra prometida. En el momento que vive la sociedad venezolana la *tierra prometida* está asociada a la posibilidad de vivir en democracia. Aceptar la democracia como desafío de los venezolanos comienza por hacer de ella la perspectiva desde la que se percibe, reflexiona y se proponen alternativas para el sistema y la cultura política que queremos construir.

La democracia no puede existir sin democratas. Un demócrata es, antes de nada, hermano de los seres humanos con los que comparte relaciones personales, sociales y políticas. Por eso, la ciudadanía necesaria para la existencia de la democracia sólo es posible fundada en la fraternidad para la que es inaceptable la posibilidad de la muerte del hermano, aunque sea *enemigo* político, defienda intereses contradictorios con los míos o ideas incompatibles a las que sostengo con pasión.

La reconciliación que se propone no puede entenderse sencillamente como la superación un conflicto pasajero y el regreso a una situación supuestamente preexistente. La exclusión social y política no ha faltado en ningún momento de la historia política venezolana. Esa fue una de las razones por las que perdió legitimidad del Sistema de Conciliación de Élités y Partidos Políticos en las décadas de los años ochenta y noventa del siglo XX. El país no puede volver a ser

---

<sup>3</sup> Porta Fides, n. 7

<sup>4</sup> TRIGO, Pedro, *Cómo relacionarnos humanizadamente*. Caracas: Fundación Centro Gumilla, 2012, p. 109

de todos porque nunca lo ha sido, aunque, hay que subrayarlo también, no han faltado ideas e ingentes esfuerzos por lograr una sociedad inclusiva. Reconocer al otro y reconocer la verdad histórica del proceso social que hemos vivido, sin manipulaciones en ningún sentido, forman parte de los cimientos de un proyecto democrático.

La posibilidad de una legitimidad democrática en el mediano plazo depende de la superación del militarismo, el rentismo, el elitismo y el personalismo en cualquiera de las combinaciones que hemos conocido. El desafío consiste en contribuir a crear las condiciones para la existencia de un pueblo de ciudadanos, dotado de una cultura política democrática, organizado para la participación permanente en la vida pública. Un pueblo organizado no es sólo población movilizada con alta incidencia del ingrediente emotivo sino el que logra un compromiso permanente con lo público cuando lo emotivo alimenta la participación informada, consciente, respetuosa del pluralismo y organizada en función de alcanzar el horizonte compartido del conjunto de la sociedad.

Esa es la única garantía de alcanzar un régimen político que tenga al Estado -y la renta que administra, en el caso venezolano- al servicio de la sociedad. Que tenga al gobierno, en todos sus niveles, ejecutando políticas de Estado y un sistema de administración de justicia confiable, expedito y al alcance de todos.

El sueño de la UCAT, expresado en su visión a mediano y largo plazo, está íntimamente entrelazado con este proceso de la democratización de Venezuela que sólo es posible si también contribuimos a la paz de Colombia, a la integración de los pueblos de Latinoamérica y el Caribe haciendo de esta época histórica una etapa marcada por la humanización de las relaciones mundiales.

Es por eso que entre los objetivos estratégicos del Plan Institucional de Desarrollo de la UCAT se propone, por una parte, aprovechar las ventajas de la ubicación en la frontera colombo-venezolana, vivencia con profundas raíces históricas y culturales que le dan una especificidad al aporte que podemos hacer al proceso nacional y latinoamericano. Y por la otra, abrirnos a la internacionalización como característica del quehacer universitario en la naciente *sociedad del conocimiento*.

*Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno alegar que tiene fe si no tiene obras? – le pregunta en voz alta la Carta del Apóstol Santiago a las primeras comunidades cristianas -. ¿Podrá salvarlo únicamente la fe? Supongan que un hermano o hermana andan medio desnudos, faltos del sustento cotidiano, y uno de ustedes le dice: vayan en paz, calientes y saciados, pero no contribuye a remediar sus necesidades, ¿de qué le sirve al que está desnudo y hambriento? Lo mismo la fe que no está acompañada de obras, esta muerta*

*del todo. Uno dirá: tú tienes fe, yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin obras que yo te mostraré por las obras mi fe.*<sup>5</sup>

Ese es el programa de la Universidad Católica del Táchira en este año de la fe, animados por los cincuenta años de historia, unidos a la Diócesis de San Cristóbal en sus noventa años: mostrar por lo que hacemos y cómo lo hacemos la fe que nos mueve. La fe en que podemos ser co-creadores de un mundo mejor al que tenemos. Fe en que podemos vivir como hermanos, reconocernos en esa diversidad que nos enriquece, reconciliarnos para formar un mismo pueblo responsable y participativo, dialogar para conocernos a fondo y negociar para poner las bases de una vida común en el que todos tengan el puesto que se merecen.

Permítanme concluir con estas palabras del Papa Benedicto XVI en la Carta Apostólica *Porta Fides* (n. 15) por la convoca a toda la Iglesia al año de la fe:

*Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que «buscara la fe» (cf. 2 Tm 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. 2 Tm 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace a través de nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.*

Que sea, María Inmaculada, la mamá de Jesús, la que aliente nuestra jornada de esta año académico 2012-2013.

Muchas gracias.

San Cristóbal, 26 de octubre de 2012

---

<sup>5</sup> Sant. 2, 14-18.